



Javier Gomá Lanzón

**UN HOMBRE
DE CINCUENTA
AÑOS**

Trilogía teatral

JAVIER GOMÁ LANZÓN

Un hombre
de cincuenta años

Trilogía teatral

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2021

© Javier Gomá, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 210-2021
ISBN: 978-84-18526-26-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Sucio secreto	9
Inconsolable (monólogo dramático)	15
Quiero cansarme contigo o el peligro de las buenas compañías (comedia moral)	49
Las lágrimas de Jerjes (tragedia)	117

Sucio secreto

En 2016, escribí el monólogo dramático *Inconsolable*, una oración fúnebre por mi padre fallecido el año anterior cuyo estilo grave no prescinde del humor ocasional por razones que allí se explican. Animado por amigos que conocen –y padecen– mi afición al humorismo, en 2017 compuse una comedia, *Quiero cansarme contigo o el peligro de las buenas compañías*, que saca partido al lado jocoso de la ejemplaridad, pues explota los efectos dramáticos en el protagonista de la presencia en su entorno familiar de un cuñado de verdad ejemplar y bueno con el que continuamente se le compara, saliendo el hombre, por supuesto, muy mal parado del contraste. Por último, entre 2018 y 2019 me ocupé de la composición de *Las lágrimas de Jerjes*, tragedia ambientada en la Atenas clásica durante la noche del estreno de *Los persas* de Esquilo, que recrea una antigua fascinación mía a propósito de un pasaje que leí de Heródoto siendo muy joven y que me ha acompañado durante las décadas siguientes sin perder nunca su magnetismo: el que cuenta cómo Jerjes, subido al monte Abido, presidiendo el desfile del ejército más espectacular del mundo, rompe inesperadamente a llorar, en el apogeo de su triunfo, por un golpe fatal de melancolía.

El monólogo y la comedia ya han sido publicados antes, la tragedia lo hace aquí por primera vez.* Se reúnen en este libro no por

* *Inconsolable* se publicó íntegramente en el diario *El Mundo* el domingo 24 de julio de 2016 y luego lo incluí en el libro *La imagen de tu vida*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017. La comedia *Quiero cansarme contigo o el peligro de las buenas compañías* salió en la editorial Pre-Textos en 2019. El monólogo se estrenó en el Teatro María Guerrero de Madrid en junio de 2017 y al año

capricho compilatorio, sino porque las tres obras comparten el mismo elemento dramático común: su protagonista –el Hijo, Tristán, Jerjes– es en todos los casos un hombre en torno a los cincuenta años cuya edad está en el origen del conflicto que se representa. Además, los tres son huérfanos de padre y los tres, en determinado momento, mantienen una comunicación difícil de definir con el espíritu del difunto. Esta comunidad de situaciones no fue intencional ni buscada desde el principio, pues sólo una vez terminados los textos se le hizo clara al sorprendido autor, quien los escribió cuando él mismo había superado poco antes el medio siglo de existencia sobre la tierra. De modo que, sin pretenderlo, había trasladado al papel el estado de ánimo que colorea la experiencia de quien, como yo, empezaba a ser un veterano en el oficio del vivir. Porque cumplir cincuenta, más que un tributo al sistema decimal, una convención como otra cualquiera adoptada circunstancialmente en una sociedad dada, supone sobre todo el paso a un nuevo estadio en el camino de la vida de una persona.

¿Y eso por qué?

Quien alcanza la cincuentena normalmente se ha iniciado ya en el conocimiento de un secreto, un secreto profundo del que sólo tiene noticia por la experiencia directa de haber llegado a esa antigüedad. Naturalmente, asumo que estoy enunciando una generalización, pero resulta que soy defensor firme de las generalizaciones –de las bien hechas, claro está, no de sus malas corrupciones–, porque para pensar es forzoso generalizar, a despecho de las objeciones de los nominalistas varios que nunca faltan, teniendo en cuenta que una sana generalización no excluye las excepciones, las cuales, precisamente por serlo, no crean jurisprudencia, como se alega a veces en Derecho. Quiero decir con esto que, por supuesto, no siempre el medio siglo de vida suministra a su poseedor la clase particular de sabiduría que ahora definiré; que no siempre a esa edad ha tenido lugar la privación esencial que la hace brotar; que para entonces no siempre a uno le ha sobrevenido la visión que desvela el secreto, a veces antes, a veces después, a veces nunca. Pero pocos negarán que

siguiente giró por Bilbao y Barcelona. Al día de hoy, existen planes firmes para el estreno de las otras dos piezas.

todo eso ocurre en la generalidad de los casos, lo que debería ser suficiente para extraer algunas conclusiones sobre su significado, dado que una recurrencia como ésta debe de estar por fuerza relacionada con el pliegue que describe la vida humana en la mayoría de las personas de ambos sexos alrededor de esas fechas.

Quien cumple cincuenta cruza una raya preñada de un acentuado simbolismo que ha sido destacado con frecuencia en la historia de nuestra cultura. Hay un testimonio antiguo, el de Platón, que atribuye a los de esa edad una sabiduría exclusiva y por ese motivo están llamados a desempeñar una función suprema en la organización de su república ideal: «Eleva el ojo del alma para mirar hacia lo que proporciona luz a todas las cosas y, tras ver el bien en sí, sirviéndose de éste como paradigma, organizar durante el resto de sus vidas el Estado, los particulares y a sí mismos, pasando la mayor parte del tiempo con la filosofía» (*República*, Libro VII, 540 a y b). A partir del Renacimiento, ser un hombre de cincuenta años suele asociarse, en cambio, a alguna demencia, flaqueza, privación o peligro. De Don Quijote, del que muy pronto seremos informados de sus graciosas locuras, dice la primera página de su novela que «frisaba la edad de nuestro caballero con los cincuenta años». Para Casanova, el aventurero y libertino veneciano, que había apurado la copa de la vida hasta su última gota, los días de juventud fueron sus días de gloria; al rememorar su biografía en sus *Memorias*, decide terminarlas en el año 1774, estando en Trieste, por motivaciones que detalla en carta a un amigo: «Creo que voy a concluir aquí, ya que desde los cincuenta años tan sólo puedo contar penas y ello me entristece. Escribo sólo para entretener a mis lectores y esto les apenaría, lo cual no merecen» (J. Rives Childs, *Casanova. El rostro oculto de un seductor*, Madrid, Espasa-Calpe, p. 319). El último título de Anthony Trollope, publicado póstumamente, es la novela *An Old Man's Love*, no entre las más inspiradas de las suyas, que narra las vicisitudes del enamoramiento por una mujer joven de Mr. Whittlestaff, un cincuentón expuesto al riesgo del ridículo por permitirse a tan avanzada edad un sentimiento pasional de esa naturaleza. Cerrando el círculo, el diablo que mantiene el célebre diálogo con Iván en *Los hermanos Karamazov* es presentado, quizá no casualmente, en los mismos términos que el loco de La Mancha: «Era

un señor, o mejor dicho, cierto tipo de *gentleman* ruso de cierta edad, *qui frisait la cinquantaine*».

«No hallaréis mejor invención que andar calificando las edades, porque no hay secreto que más se sienta descubrir que el de los años», le suelta Teodora, la madre de Dorotea, a su amiga Gerarda (Lope de Vega, *La Dorotea*, escena 1, acto 1). Luego existe un secreto sobre los años de los hombres. Si ha de conjeturarse un tiempo propicio para descubrirlo, me atrevo a afirmar que es el de esa edad simbólica que nos ocupa. ¿Qué ocurre en el entorno de los cincuenta? Que uno ha visto algo. ¿El qué? Una tragedia de Eurípides, *Hipólito*, ilustrará la respuesta.

Herido de muerte, Hipólito regresa a Atenas, de donde había sido desterrado víctima de una falsa acusación de su madrastra, Fedra, y de la maldición injusta de su padre, Teseo, a consecuencia de la veneración del primero por la diosa cazadora Ártemis, que Cipris envidia. Al final de la obra, el héroe intercambia unas palabras con su diosa protectora hasta que ésta, abruptamente, interrumpe la conversación, se despide de él y le deja morir: «Y ahora, adiós, pues no me está permitido ver cadáveres, ni mancillar mis ojos con los estertores de los agonizantes, y veo que tú estás ya cerca de ese trance» (vv. 1337-1339). Ártemis, divinidad de la virtud inmaculada, desampara a su fiel devoto justo antes de su muerte porque la visión de su cadáver la mancillaría, un agravio incompatible con su pureza virginal. Aquí estriba la principal diferencia entre la deidad y los mortales. Ella se conserva para siempre pura, limpia y sin mancha, mientras que nosotros estamos constreñidos a contaminarnos tarde o temprano velando el cadáver de la persona amada y será entonces cuando comprendamos de verdad que, algún día no lejano, seremos nosotros también uno de esos cadáveres.

He aquí el secreto, desvelado a raíz de la negra visión: la de los despojos del progenitor, la madre o el padre, que, por la llamada «ley de vida», fallecen mayores cuando su hijo o hija frisan los cincuenta. Para muchas religiones antiguas, el cadáver creaba impureza en quien lo tocaba. De ahí que el secreto merezca calificarse de «sucio» secreto. Hoy diríamos que la contemplación del cadáver exaspera la tragedia de la condición del hombre, quien, dotado en origen de una dignidad infinita por la gala de su excelencia, está

destinado a la indignidad del sepulcro, donde será pasto de gusanos, el más miserable de los destinos. Quienes nos dieron vida y estaban en el mundo antes que nosotros como si no hubieran tenido nunca principio, semejantes al Dios eterno, ahora llegan a su final, mueren y se corrompen, semejantes a un feo insecto. Y quienes de momento sobreviven, al ser testigos escandalizados de la degradación de la antigua dignidad de la persona amada en mala cosa, se hacen cargo por primera vez de la ley de cosificación general de todo cuanto vive.

Melancolía ante el cadáver: esto es lo que queda tras atravesar las aguas heladas del conocimiento. Antes del velatorio, se permanece tan virgen para la vida como Ártemis, por muchas experiencias que se hayan gozado o, al revés, por muchas desgracias que se hayan padecido. Velado el cadáver del padre, tan fácil de imaginar ahora el propio, ya nada es igual y, al abrir por segunda vez el gran libro de la vida, lo lee uno de manera diferente de como lo había hecho antes, más de treinta años atrás, allá por la primera juventud. Aunque el mundo es el mismo antes y después, la diferencia estriba en el lector, más viejo, que ya se ha informado por experiencia inmediata de lo que le espera y esa poderosa certidumbre le inspira desconsuelo (*Inconsolable*), cansancio (*Quiero cansarme contigo*) o melancolía (*Las lágrimas de Jerjes*), que desde entonces hacen nido estable en el pecho del huérfano, templando su entusiasmo, que debe fundarse en el futuro sobre renovadas bases.*

¿Cómo comunicar a los demás el secreto averiguado? Se puede intentar, como hago ahora en estos pocos párrafos, enunciarlo recurriendo al género del ensayo. Pero este género tiene un problema insalvable con la realidad cuando lo que trata de conocerse es la persona porque el ensayo evapora el tiempo, que es el elemento natural del mortal y también su tragedia. Para dar cuenta de la condición temporal y trágica de los mortales resulta mucho más eficaz la *representación* del teatro que la *definición* del concepto, el cual, en el proceso de conocer, pierde la sustancia de lo que estudia, la injusta mutación de la más majestuosa dignidad que se haya visto

* Para esas nuevas bases, véase mi Tercera de ABC «Cumplir cincuenta», publicada el 24 de mayo de 2015, día en que su autor cumplió esa edad.

en la cosa miserable de un cadáver. Mientras que la filosofía proyecta siempre la luz del concepto sobre las cosas –¡la claridad del concepto!–, el teatro se asoma a sus oscuros abismos sin tentación de explicarlos, dejando que sean como verdaderamente son. Ambos presentan un «universal»: el universal abstracto de la filosofía, el universal concreto del teatro. El primer universal sistematiza y clasifica la materia en un plano de abstracción despersonalizada, el segundo devuelve a las personas a las tres dimensiones de la vida, donde soportan su permanente conflicto con lo real.

¿Dónde queda en mi filosofía –la tetralogía de la ejemplaridad– el componente incivil de la vida humana, su sinsentido, su horror y su absurdo? ¿Cómo dar un sitio en el sistema filosófico a la grieta que rasga cualquier intento de construcción de un orden, ese lado monstruoso de la existencia que nunca cesa, la pulsión irracional, el factor disidente, abisal, ominoso que rompe la unidad de la experiencia humana, sin pretender integrarlo en un código trascendente que felizmente lo subsuma? Todo esto me decía mientras escribía las tres piezas de este libro y, al concluir las, he comprendido por dentro y a fondo por qué el teatro está bajo la advocación de Dionisio y no de Apolo.

En la biblioteca de la casa familiar en San Lorenzo de El Escorial, monte Abantos arriba junto a la presa, había una novela de Balzac en su lengua original titulada *Una mujer de treinta años*. La leí años después y, por así decirlo, no se la recomendaría a nadie. Pero su título, reducido a la sola indicación de sexo y edad, siempre ha conservado un extraño poder de seducción sobre mi fantasía. Como variación del mismo tema, lo he tomado para esta trilogía, porque resume perfectamente su contenido y porque, al mismo tiempo, enlaza este libro con aquella casa en la sierra madrileña, *La biznaga*, donde fui hijo muchos años junto a mis padres.